

## Trenes

■ "Yo viajaré a Europa cuando pueda viajar hacia allá en tren". Eso era lo que obstinadamente contestaba mi tío Leonardo cuando se le preguntaba porqué, no obstante su buen pasar, jamás había emprendido viaje a las tierras de sus antepasados. Y aunque forzoso es reconocer que mi tío Leonardo murió sin conocer Europa, sus convincentes argumentos se me quedaron grabados.

El tío Leonardo era un fanático de los trenes. Yo sospecho que esa afición le nació de niño cuando sus padres le regalaron un tren eléctrico, con su estación de hojalata, sus cambios de vías y las consiguientes señalizaciones. Tanto le entusiasmó el juguete que, ya mayor, siguió comprando nuevos y más avanzados modelos con los que se encerraba en su escritorio horas y horas, mientras daba orden a la servidumbre de no ser molestado, pues debía realizar un difícil trabajo de cálculo. El tío Leonardo era ingeniero.

Sus argumentos para preferir el tren con prescindencia de cualquier otro medio de transporte eran contundentes. El tren se deslizaba sobre rieles asentados en la tierra firme, lo que era natural en el desplazamiento de los hombres, ya que nada había más arbitrario y contrario a la naturaleza humana que viajar por el aire o sobre el mar. Cuando se viajaba en avión o en barco —decía el tío Leonardo, con una experiencia que obviamente no era propia— siempre en el subconsciente se teme la caída o el naufragio, en cambio en el tren nunca se pasa por la mente la posibilidad de un descarrilamiento.

El tío Leonardo gustaba de los paisajes que se captan por la ventanilla del tren que, según él, estaban en la escala humana: árboles y montañas, seres humanos y animales, pueblos y villorios constituían un paisaje familiar y acogedor a diferencia de las nubes y las olas que ofrecían los otros medios. Pero cuando su entusiasmo por los trenes se convertía en desbordante, era en el momento que hacía el elogio del tren como el escenario ideal para que en él ocurrieran las situacio-

nes novelescas más emocionantes. ¿Qué mejor sitio para iniciar un flirt con una viajera desconocida? ¿Puede haber un mejor lugar para que se desarrolle una novela de misterio, con un crimen espectacular en que cada pasajero del vagón puede ser el criminal? ¿Hay otra circunstancia mejor que un viaje de tren para que se exprese el maravilloso sentimiento de la solidaridad entre extraños?

Antecesor y precursor de Agatha Christie, Hitchcock y Graham Greene, bastaba que el tío Leonardo se subiera a un tren para que su fantasía se pusiera en acción e imaginara miles de aventuras sentimentales o heroicas, dramáticas o cómicas que necesariamente tenían como escenario un vagón de tren. Para él su máximo héroe era un belga llamado Nagelmackers a quien citaba frecuentemente como el visionario que había creado el Oriente Express, el legendario tren que cruzaba Europa y del que conocía, sin hacerlo visto nunca, hasta sus más pequeños detalles técnicos, además de todas las historias e historietas que de él se contaban. El era un ardoroso adversario de la Carretera Panamericana, ya que, según su opinión lo que debía hacerse era una vasta red de vías ferroviarias que uniera toda América.

Y yo le estoy contando a Uds. el cuento de mi tío, porque pienso que en cada uno de nosotros hay un tío Leonardo que cada vez que se sube a un tren goza con las vicisitudes del viaje, con el pintoresquismo propio de las estaciones y sus solemnes jefes, de los vendedores ambulantes y del conductor, de los trasbordos y los coches comedores.

El tren, obsoleto como algunos pretenden, antieconómico como aducen otros, tiene algo de mágico, algo de enternecedor, algo que incita a la fantasía y a la aventura.

Tal vez sean, como en el caso del tío Leonardo, residuos que nos quedan del tren eléctrico que tuvimos de niños o, mejor aún, del que no tuvimos y en cada Navidad pedimos a un desmemoriado Viejo Pascuero.

PARTIQUINO